

DE LA ISLETA A LA RAMA

José Antonio Godoy Rodríguez

-Peri-

CAMBULLÓN Y TARTANEROS

El barrio del Refugio, que había cobijado a la gente de Agaete en las dos primeras décadas del siglo XX, quedó saturado y la siguiente generación se dirigió hacia La Isleta que, para entonces, había planificado y ordenado el arquitecto municipal Laureano Arroyo. Y La Isleta, adonde antes había llegado una riada de conejeros, se fue poblando con la segunda generación de cambulloneros y la nueva oleada llegada de la Villa entre las décadas cuarenta y cincuenta.

Palomos, Evaristos, Escolásticas, Abelardos y Álamos juntos con las Fonas, los de la Pulga, los de Remedios, las de Narciso, las de Carolina, los de Popó y también las de Papá Judas, las de Elena Justa y los Palmeses, se repartieron por la geografía isletera al soco del trabajo que el ensanche del puerto y el turismo incipiente proporcionaban. De este modo, quien no trabajaba en la carga blanca, lo hacía en las navieras, en las empresas que abastecían a los barcos, o en la nueva profesión de tartanero, hoy desaparecida y que Andrés Plata se encargó de inmortalizar con la canción que lleva su nombre. Pero

sin lugar a dudas, la palma de las profesiones la seguía ostentando el cambullón, el trajín del estraperlo y los cambistas de moneda extranjera que al pie de los trasatlánticos turísticos se configuraban como los nuevos ricos del momento.



Pero si La Isleta fue generosa con aquellas familias de Agaete, éstas no lo fueron menos con ella y mientras los de Chapín daban a Trona para la Unión Deportiva Las Palmas, los de Cristóbal Jiménez lo hicieron con Lázaro Santana para la literatura, los de Cuite a Manolo García para el carnaval y los Trujillos a Pepe Dámaso para la pintura y para que de su mano llegaran a la Rama artistas como Manolo Millares, Elvireta Escobio, César Manrique, Miró Mainou o Martín Chirino.

¡TUMBA MORALES!

Fácil de integrar, el Agaete emigrante se fue imbuyendo del instinto isletero que navegaba orientado por otra brújula y otros puntos cardinales. Instinto dispuesto a poner la honra en juego a la primera porque, o eras del Porteño o del Muelle Grande si de vela latina se trataba, del Artesano o del

Ferreras si había que discutir de fútbol y del Carmen o de La Luz cuando entraban en baza las parroquias. Y el itumba Morales! se oyó desde la Puntilla hasta Andamana y el ialza Piriles!



Foto: FEDAC

desde la Fábrica de Velas al Castillo de La Luz, dichos que fueron meros exponentes de una colectividad transgresora, solidaria, luchadora y creativa donde, la iglesia de la Luz, junto con la calle Pérez Muñoz, acabó siendo para los de Agaete como la quinta avenida para los neoyorkinos, con un poco más de cuesta.

Siempre es reconfortante volver a La Isleta más cuando, en esta ocasión, el paseo por sus calles lo hago con Alberto Trujillo, un amigo de los que le hacen análisis de Isleta para ver si le encuentran sangre. Recordamos aquella infancia de prohibiciones donde su abuela le marcaba los límites en la calle de la Naval y el mío entre las calles Tauro y Gordillo. Rememoramos el Boquete por donde llegaba el mar hasta la Iglesia de la Luz, la vaquería y las casas de madera ambas en la calle Tauro. Casas de

puertas abiertas, de vecinos bien avenidos, de tertulias nocturnas en la noche veraniega. Chiquillos en bandadas, palanquines nos decían, comprando caramelos grosos con el dicho en el envoltorio de ¿qué le dijo el sol a la luna?, ¿qué le dijo? y un lambío que, con lo que le sobraba, le pedía a la del estanco tres pastillas de a perra de la cabeza de Chanrai.

Así vimos pasar el carro de la basura tirado por un burro y más tarde el de la fruta y el cabrero cuyas cabras con las esquilas anunciaban su entrada en la calle Anzófé.



Foto: FEBAC

¿Quién no vio una cabra loca y muerta de hambre, velando y corriendo detrás de un papel para comérselo porque daba olor a jamonilla o picadillo? Y es que el dicho de "estás como una cabra jarta papeles" no fue una ocurrencia; desde aquella época la realidad ya superaba a la ficción, detalle que no pasó desapercibido para Néstor Álamo que se fijó en otra cabra rusia y cascabelera. Evocamos, cuando aparecían los de la perrera a llevarse los perros callejeros, momento en que una maná de barejones, flacos, secos y tollúos, adolescentes llaman hoy, salían detrás con el grito de guerra i

Suelta al perro. Gandul! que acababa coreando toda la vecindad mientras un guindilla acechaba a distancia por lo que pudiera pasar.

EN EL TEATRO MILLARES

Aquella Isleta, heredera del Refugio, se movía de forma masiva para ir a San Bartolomé en Fontanales y el sancocho posterior en los Tilos de Moya y para la fiesta de la Rama, si bien durante el año siempre hubo motivos y puntos de encuentro donde intercambiar noticias de la urbe y del pueblillo.

Uno de los puntos de encuentro de aquellos agaetenses regados por La Isleta fue el Teatro Hermanos Millares junto a la playa de las Canteras, donde está actualmente el Hotel Imperial Playa. Hasta allí se



desplazaron para ver la pléyade de artistas locales que alegraron las noches porteñas, sobre todo cuando salía a escena Momi Diepa cantando *Agua Calentita* o *La Cántara* que el gallinero aplaudía a rabiar para que repitiera y de paso ver las piernas más valoradas del momento.

Noches melódicas con las que nos deleitaron Manolo Alonso, Eva del Río o Rafael Arraiz y la voz inconfundible del rapsoda Antonio Martín, a quien el público no dejaba retirar del escenario hasta que no recitara aquello de *...que madre no hay más que una y a ti te encontré en la calle*. Recordamos el nombre de Felix de Granada con el *Romance de la Reina Juana* y cómo no, los nombres de Lidia Guillén antes de ser Lea Zafrani o el Circo Pololo. Pero cuando en verdad se agotaban las localidades del Millares y La Isleta y el Refugio acudía en peso, era para ver a Mari Sánchez en pleno apogeo cantando junto con los temas canarios, boleros y ritmos sudamericanos. De aquel conjunto de artistas saldrían los que luego vendrían a Agaete al Desfile de Variedades de la Fiesta de las Nieves.

Era el momento más esperado para ver a Solita Ojeda abriendo mares y a comerse la plaza entera cuando entonaba *Es el amor en España, llama de fiera pasión*, con aquella institución al piano como fue doña Luz León y la atenta mirada de Don Arturo, el empresario que desviaba por momentos la atención con un monillo, vivo, que portaba al hombro. Aquel público novelero y goleor ya tenía aprendida la canción y coreaba con Solita *...y el que no sabe querer a una morena, es que no es hombre ni tiene corazón*.

Y así año tras año, Agaete vio desfilar al trío Ola de Calor integrado por Paquita Martín, Tere Robayna y Nati Melgara junto con Anita Lirio que la anunciaban como la voz de oro de Las Palmas con su

tango *Uno* o Katia Loren que hacía la versión local de canciones como *Bombón* con la que armaba una algarabía cuando decía *...los muchachos de Agaete son unos toletes*, respondiendo éstos a coro i bombón! a la canción y a ella. Noches de estío y canciones que marcaron una época que los programas de radio como la Ronda y Discos Dedicados se encargaron de reforzar.

CAMINO DE VENEZUELA

Pero no todo en La Isleta fue diversión en aquellos años de posguerra donde los que habían llegado antes y estaban situados, hicieron de embajadores ante la Junta de Obras del Puerto y en las empresas para colocar a los nuevos emigrantes, o sirvieron de plataforma momentánea de los que, por necesidad, se fueron en busca de nuevos horizontes allende los mares. Así vieron los Morros, los de Graciliano, Evaristos, Capiros y los de Sansón, trasponer en la bocana de la bahía, unas veces al Begoña y otras al Montserrat, vapores que cubrían la línea entre el Puerto de la Luz y el de la Guaira en Venezuela.

Esta diáspora no pasó desapercibida entre los compositores locales que escribieron canciones de ausencia que ayudaron a llevar Canarias y Agaete en el recuerdo. De esta manera Herminia Naranjo componía *Mi Canaria Adiós*, Cabrera y Santa *María Puerto de La Luz*, Vicente Hernández *El Teide en la nube gris* y probablemente una de las más emblemáticas en el pentagrama de Néstor Álamo y en las voces de Mari

Sánchez y María Mérida *Adiós Canaria querida*.



Y en tanto que las cartas iban y venían desde Agaete a Chacao en el Estado Miranda, La Isleta crecía a golpe de autoconstrucción y algunas colonias de casas baratas que

fueron ubicando definitivamente a las familias venidas de la Villa. Cartas y programas de las fiestas de Las Nieves que no sólo fueron para Venezuela sino también a Costa Rica, Cuba, Uruguay y Argentina. Estampas de la Virgen de las Nieves en su nuevo trono de nube y ángeles que allá por 1949, esculpiera el artista local José de Armas Merino. Escritos que ayudaron a recordar una Diana, Rama y Retreta, una subida de la Virgen, una traca y la promesa de volver que no todos pudieron cumplir.

LA ISLETA SE HIZO RAMA

Tanta añoranza y tanta complicidad hizo que la Banda de Agaete irrumpiera en La Isleta una memorable madrugada de octubre en la década de los sesenta por las fiestas de la Naval y la música avivó la genética dormida por la rutina y el tiempo y La Isleta en peso se

echó a la calle mientras la Banda no dejaba de tocar *Arriba Diana* y *Aurora Feliz*. Agaete y La Isleta se reconocieron una vez más y la vieja generación preguntaba a la nueva "de quién sos tú" y "pa mi cuenta te quiero conocer", a la par que los abuelos atendían a los nietillos para que bailaran icon las manos arriba! ibaila con las manos arriba!, según decían emocionados.



Si emotiva fue la Diana no menos lo fue la Retreta, con una Isleta en pie de guerra y una Banda incansable que pasaba de *La Madelón* a *Soldado de España* y del *Campeón* a *Todo por España* sin parar. Mas el viejo Agaete recordaba y dos señoras entradas en carne y en edad, que bailaban sin cesar enchapadas en sudor, se acercaban una y otra vez a José el de Carolina y a Manolito García, músicos los dos, para que tocaran *La cita fue antes de dar las diez* y *Agua del pozo de la virgen mejicana* pues les recordaba sus años mozos. Y bailando sin parar y abanicándose con un cacho de cartón de una caja margarina, seguían con la multitud que ahora se dirigían al Refugio. Aquella Isleta ocurrente y burletera, donde todo se compraba y se vendía menos el cariño verdadero, esa noche también lo vendió por la Lejía el Papagüevo que se extendió

por toda la isla y ni se compra ni se vende.

EN COCHE DE HORA

Mientras tanto Agaete olía a fiesta entre el viento que había llegado y el trajín de la gente pintando, albeando o dando una mano de gasoil a los muebles y puertas. Presentías la fiesta porque invadían el pueblo los afiladores o amoladores y los lañadores además de Rafaelito el árabe, un libanés de los que Tomás Morales cantara en Tiendecitas de Turco que recorría el pueblo con el fardo cargado vendiendo telas buenas, bonitas y baratas. A la vez, una sardinera ambulante pregonaba a voz en grito ¡Vivita muchacha. Fresquita! ¡A la sardina fresca! mientras los niños hacían mandados a las tiendas de aceite y vinagre de las de dice mi madre que me dé y que se lo apunte, porque los niños no manejaban dinero excepto que fueras a la farmacia a comprar un parche Sor Virginia.



Vísperas en que la gente bajaba a Las Palmas a comprar los lujos, unas veces en Triana y muchas en el Puerto cuando la calle Juan Rejón y Albareda eran verdaderos emporios comerciales. Viajes interminables en el coche de hora

de Chanito Cardones y Francisquito Sánchez que nunca supimos si corría el coche o los árboles de la carretera. Paradas tras paradas para recoger lecheras y de *"no arranque Chanito que viene una pobre corriendo con el niño en los brazos que seguro que va al médico."* De llegar desesperados a la ciudad de Arucas para arrojar en una época donde nadie vomitaba. Mercerías ambulantes que fueron aquellos cobradores y chóferes de los coches amarillos con muestras de telas para forrar botones, comprar una cremallera del quince y unos broches de presilla.

JUEGO CON FUCHI FUCHI

Tiempos de costureras pegadas a la vieja *Singer* mandando recados para la primera y segunda postura, de hilvanes de última hora y vueltos haciendo bicos por falta de plancha, de aquellas de hierro y carbón en contra del viento. Mediodía de



asaltos y vermutailable, de paseo y música con pasodobles sin tarde de toros. Tómbola del señor cura, de rifas de juegos de vasos de

bodas lejanas, de tortugas de carey y de gitanillas que andaban tirando del hilito, de una Santa Cena y un cuadro de los niños que corrían con ojos vendados y tras ellos un ángel custodio, de juegos de comodín con un pez con fuchi fuchi que vomitaba colonia.

Y todo el mundo contento porque el dril de diario daba paso al vichy y al popelín a cuadros y a rayas y hasta hubo quien estrenó unas esclavas del gallo. Noches de turrón a la luz de carburo y póngame cinco duros pa la viejita. Glamour de moaré o piqué y de un peinado Arriba España que, junto con unas gotas de Tabú, Maja o Joya, conformaban la elegancia de ellas en los bailes oficiales ¿A quién no se le hizo una rozadura a cuenta del zapato nuevo? ¿Quién no vio a alguien con una piedra majando la parte de atrás del zapato para ablandarlo o arrastrándolos en un terraplén para no resbalar con las suelas nuevas?



Y los papagüevos, que habían aumentado en número gracias al entusiasmo y el modelado de don

José de Armas, ya estaban vestidos de cretona en expectativa de que la gente de Agaete y La Isleta se mezclaran para bailarlos.

Parrandas familiares en las que si pasaba un borracho de solemnidad se entonaba *que me sirvan las copas por Pénjamo* y si era el novio que no querías para tu hija saltaba una voz cañera cantando *me ha pretendido un maleta* y yo "le ha dicho" que no, con la consiguiente respuesta en el cruce de parrandas donde otra voz, tronera ahora, defendiendo al novio cantaba *con la moda que han sacado de fugarse las artistas*, ambas partes de *Balancé*.

TODA LA CASA ES CAMA

Si para Machado su infancia fueron recuerdos de un patio de Sevilla, para mi generación fueron recuerdos de un día tres de agosto a la espera del coche de hora donde llegaba la familia de La Isleta y digo familia en primer, segundo y tercer grado, más una vecina con la hija y el novio que acababa de conocer. Recuerdos de unos primos, todos juntos en pijama a las cinco de la mañana en la esquina de mi casa para ver pasar la Diana. De una Isleta abierta a quien no hubo que explicarle el pluralismo racial ni cultural porque ella misma lo es. De un ritual como es la Rama donde sobra el sectarismo y cabe el respeto y la tolerancia. Memorias de una Virgen de la Luz que, girando en Benecharo para entrar en la Naval, lo que pasa es la elegancia y una Virgen de Las Nieves que,

*Si por un milagro Roma
la primera vez os clama
y Oreto por vuestra fama
grande devoción os toma,
en Agaete por fin mueves
con mil prodigios tu amor.
Mostrando vuestro favor
madre pía de Las Nieves.*

Comentar todo esto con los Cuite y las de Lila, agaetenses de mi generación, es disfrutar y recordar el encanto de las casas solariegas donde las abuelas lo solucionaban todo aplicando el dicho cubano que dice: cerrando la puerta de la calle todo la casa es cama.

* Publicado en el periódico LA PROVINCIA/DIARIO DE LASPALMAS el 4 de agosto de 2004

GODOY RODRÍGUEZ, José Antonio, 2010. *A la sombra del flamboyán*, Canarias: Radio Eccla